

January 2007

## Elogio del canon o de la lectura

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla. Fsc.  
*Universidad de La Salle, Bogotá, fcoronado@lasalle.edu.co*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Coronado Padilla. Fsc., H. H. (2007). Elogio del canon o de la lectura. *Revista de la Universidad de La Salle*, (44), 134-149.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# Elogio del canon o de la lectura<sup>1</sup>

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla. Fsc.<sup>2</sup>

Como ya peino canas pienso que por eso me invitaron a pronunciar esta Lección Inaugural. Cuando Fernando Vásquez, nuestro director de la Maestría en Docencia, me lo propuso, al instante le dije que sí. Seguramente habrá muchas otras razones, pero me contento con saber que un maestrante que inicia su cuarto y último semestre, se dirige a sus compañeros y a sus maestros, y a todos los presentes, desde su condición de estudiante-trabajador, el título más celeberrimo que a uno le puedan dar.

## 1. DEL ESTUDIANTE-TRABAJADOR

En la ancestral tradición China se sostiene que si Usted va en un carruaje y viaja junto con un niño, máxime si este es de brazos y lo detienen los militares para requisarlo, tan pronto miren hacia adentro y se crucen con el rostro del infante, psicológicamente se comportarán distinto de si en el carro sólo fueran adultos; la ternura y fragilidad de la infancia conmueve las fibras más hondas de los seres humanos.

-¿Qué hace Usted?

Me han preguntado más de una vez por nuestros caminos y carreteras en los odiosos retenes.

-Soy estudiante.

-¡Identifíquese! Muestre su carné.

Me miran, y pasaporte seguro para continuar la ruta.

En otra ocasión “la vi más negra”... no era estudiante pero iba con un grupo de jóvenes ellos sí estudiantes. “¡Identifíquense!” Dijo el guerrillero cubierto hasta más no poder de armas y con esa mirada que refleja los muertos que lleva a sus espaldas... Valiéndome de esa sabiduría china que les acabo de contar, le dije: “Somos gente de paz, ellos son estudiantes. ¡Muchachos muéstrenles a los señores sus carné!” Rápidos y temblorosos algunos los sacaron y los entregaron... Pensé, “ufff de esta nos salvamos”. Entonces el jefe se dirigió a mí con mirada agresiva y me gritó: “¡¿Y usted quién es?!”... Adivinen qué me inspiró el Espíritu que dijera... “¡Pues soy un simple maestro!” Y el tipo vociferó... “¡sigan a ustedes les pagan muy mal y hacen mucho bien”. La canoa siguió bogando río San Juan abajo y todos en silencio continuamos la ruta hacia el sur chocoano en dirección a Docordó, en el pacífico colombiano.

---

<sup>1</sup> *Lectio Inauguralis* de la División de Formación Avanzada de la Universidad de La Salle. sábado 4 de agosto de 2007. El presente texto corresponde a la versión final de la misma. Una primera versión fue pronunciada el sábado 28 de julio de 2007 en el inicio del semestre académico de la Maestría en Docencia del convenio Universidad de La Salle – Institución Universitaria CESMAG en Pasto. Una segunda versión fue pronunciada el jueves 2 de agosto de 2007 en el inicio del semestre académico de la Maestría en Docencia del convenio Universidad de La Salle – Universidad Los Libertadores en Bogotá.

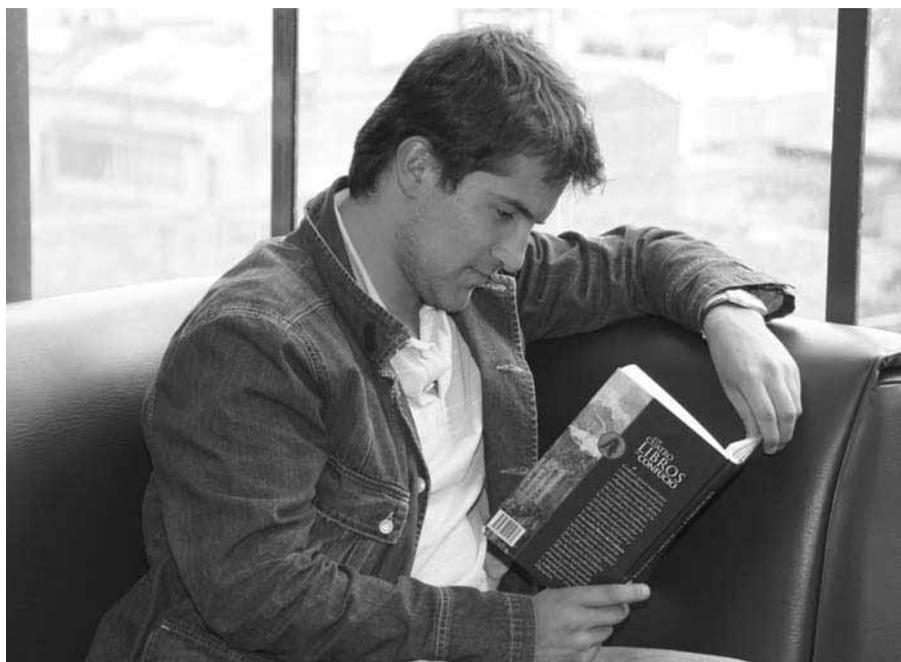
<sup>2</sup> Director del Departamento de Formación Lasallista de la Universidad de La Salle. Correo electrónico: fcoronado@lasalle.edu.co

Solo una vez dudé en cambiar mi oficio de maestro. Trabajaba en la Guajira en el sur de la misma, más exactamente en un pueblito (ya no lo es) llamado San Juan del Cesar, acababa de llegar la gran compañía gringa de “El Cerrejón” para explotar las minas de carbón. Era rector de un colegio oficial que tenía como 1.200 estudiantes y como 80 maestros. Contaba tan sólo con 26 años. Vivíamos tiempos de huelgas y paros. Como ahora, al magisterio no nos pagaban a tiempo, o lo de siempre, éramos infrapagados. Yo por ser rector ganaba más que todos esos valientes maestros que bajo el tórrido sol guajiro, desafiando arenas y dunas, diariamente iban a hacer patria y a educar guajiros.

Pasó el tiempo, graduamos emocionados nuestra primera promoción de bachilleres, casi a todos los contrató la tal Compañía. Cuando como a los tres meses vino un joven de estos recién graduados a contarme que había recibido su primer sueldo. Se me ocurrió preguntarle que qué le tocaba hacer, me dijo que era llantero, lo que significaba palabras más, palabras menos, no hacer nada, pues se trataba de despinchar unas gigantescas ruedas de volquetas como de tres pisos de altas, y claro con llantas tan grandes y tan gruesas no se pinchaban jamás. Se lo pasaba entonces metido en una cómoda hamaca siempre a la sombra, para envidia de los otros que tenían que soportar el peso del día y el calor. Pero el golpe psicológico fue terrible cuando me dijo su sueldo, ganaba cinco veces más que este rector llamado Fabio Coronado que le tocaba trabajar mañana, tarde y noche. Ese día crujieron todos mis ideales y confianza en la profesión de maestro.

Pues no sé que vocación extraña o qué me mantiene hasta el día de hoy como seguro a muchos de Ustedes y seguimos siendo maestros, tal vez porque continuamos creyendo que educar vale la pena aunque todavía en las instituciones del Estado nos continúen pagando cinco veces menos que a nuestros antiguos alumnos. Hasta que no lleguemos a ganar igual o mejor que ingenieros, economistas, administrados, médicos o arquitectos, nuestra profesión de docentes nunca será valorada y respetada en Colombia, como sí lo es en otras sociedades más avanzadas y civilizadas.

Por esta misma condición de infrapagados es que nos corresponde vivir esa gran experiencia del ser estudiantes y trabajadores a la vez. Si algún mecenas no nos financia para ir a las universidades públicas o privadas de Colombia o el extranjero, las cuales exigen tiempo completo y altas erogaciones semestrales para ingresar en sus maestrías o doctorados,



nos toca progresar con recursos propios y con sacrificios, acudiendo a las universidades como esta de La Salle, en donde por opción ofrecen programas de postgrado para quienes trabajamos, favoreciendo horarios y modelos pedagógicos, didácticos e investigativos, que dan respuesta a nuestras características de estudiantes-trabajadores.

¿Cuáles son esas características? Pienso que todos las conocemos porque las vivimos en la cotidianidad: ocupar las noches o los fines de semana para estudiar. Sacrificar el tiempo de la familia para leer y hacer trabajos e investigar. Menos horas al descanso y al dormir porque hay que cumplir con los deberes del estudiante. No tener más de una vez con qué pagar las fotocopias o los libros. Faltar a clase porque las obligaciones del trabajo no dan tregua. Y claro seguir trabajando. Amén que por múltiples razones la mayoría no pudimos llegar muy jóvenes a cursar estos niveles de maestría. Así la edad nos cierra todas las puertas de programas de becarios y afines. Es tan tremenda la competencia y los recursos tan exiguos, que siempre las universidades o las instituciones optarán por financiar a alguien de menos de treinta años que a alguien que vaya por encima de los cuarenta.

Curiosa paradoja. Hace unos cuantos lustros las universidades en sus maestrías y doctorados no recibían estudiantes muy jóvenes. Exigían como prerrequisito una edad tal que permitiera mostrar un camino profesional ya realizado, una experiencia y sabidurías acumuladas. Pues se llegaba a confrontar, debatir y actualizar su bagaje profesional. No a prepararse mejor para iniciar el ejercicio profesional. Hoy es al revés, casi el ideal es una carrera contra el tiempo a ver quien hace primero pregrado, maestría, doctorado y postdoctorado en el menor tiempo posible. Ello es condición

fundamental para tener acceso al mercado laboral. He aquí una hipótesis para la discusión: ¿Cuál de los dos caminos es el mejor para una formación de calidad y en profundidad, transformativa y propositiva?

Sin embargo, a pesar de todo ello, nos anima una pasión interior irrefrenable por progresar y no quedarnos estancados. Tal vez este es el valor agregado, el gran capital simbólico, el *plus* que hace que un estudiante-trabajador sea en su generalidad mejor estudiante y mejor profesional. Conjugamos diariamente la teoría con la práctica, las nuevas ideas recogidas en las aulas las sometemos inmediatamente a prueba en el discurrir de cada una de nuestras profesiones. Y al revés. Nuestra experiencia vital y diaria se lleva a los debates, a las discusiones, a las investigaciones y aterrizamos como por arte de magia las elucubraciones de los teóricos. De ahí que sea tan difícil encontrar maestros competentes para nosotros, porque como decimos en los pasillos tomando tinto: a nosotros nadie nos mete cuento. Hemos vivido y sufrido nuestras profesiones. He ahí un gran reto para los maestros de estas poblaciones, ser capaces de crear una didáctica que sin bajar la calidad logre los objetivos formativos de fondo de una educación superior y para lo superior.

## 2. EL DOGMA DE LA LECTURA

La intencionalidad de esta *Lectio Inauguralis* es “El lanzamiento oficial del Canon de los 100 Libros en los postgrados de la Universidad”, el tema que he escogido para la misma se encuentra sintetizado en su título “Elogio del canon o de la lectura”, que no será otra cosa que unas notas al margen, unas glosas a ese itinerario en que se ha embarcado toda la comunidad científico-académica de esta Universidad. Pues no perdamos más tiempo y adelante con esas acotaciones de este estudiante-trabajador que les habla.

De niño aprendí que si uno no era capaz de decir algo mejor de como otros lo habían dicho, lo mejor era ser sencillo, humilde y cederles la palabra, entonces con la venia de este calificado auditorio, usaré el arte de la palabra y la retórica, con todas sus licencias escriturales y poéticas, para construir una *Lectio Inauguralis* prestada.<sup>3</sup>

Saben, me fascinan los escritos de Daniel Pennac, escritor marroquí, quien frisa actualmente tal vez los 63 años, para él la lectura no es otra cosa que un “dogma”, recordemos que dogma es algo que se tiene por firme y cierto, como una especie de principio innegable. El dogma es aceptado por todos, no se controvierte y pasa de generación en generación espontáneamente, sin mayor esfuerzo. El dogma alcanza la unanimidad, no se sabe cuándo ni cómo. Pero todos lo aceptan, todos lo creen, todos lo proclaman. Les voy a leer la forma como el novelista en mención describe ese dogma absoluto de la necesidad de leer:

“Hay que leer, hay que leer para vivir, es más, esta necesidad absoluta de leer es lo que nos distingue de la bestia, del bárbaro, del ánima ignorante, del sectario histérico, del dictador triunfante, del materialista bulímico, ¡hay que leer! ¡Hay que leer!

- Para aprender
- Para tener éxito en nuestros estudios
- Para informarnos
- Para saber de dónde venimos
- Para saber quiénes somos
- Para conocer mejor a los otros
- Para saber a dónde vamos.
- Para conservar la memoria del pasado
- Para iluminar nuestro presente
- Para sacar provecho de experiencias anteriores
- Para no repetir las tonterías de nuestros abuelos
- Para ganar tiempo
- Para evadirnos
- Para buscarle un sentido a la vida
- Para comprender los fundamentos de nuestra civilización
- Para alimentar nuestra curiosidad
- Para distraernos
- Para informarnos
- Para cultivarnos
- Para comunicarnos
- Para ejercer nuestro espíritu crítico”

¡Hay que leer! ¡Hay que leer! es el dogma de la lectura. Les pregunto: ¿Alguno de los presentes se arriesgaría a decir que no está de acuerdo con lo que acaba de escuchar?, o que... ¿en algún momento de su vida de niño, de joven o de adulto no oyó machaconamente el dogma: ¡Hay que leer! ¡Ay del que no lea!?... Bueno otra cosa distinta es que lo hayamos cumplido. El mismo Pennac nos hace conscientes de ello:

“Están aquellos que nunca han leído y que tienen vergüenza de ello; los que ahora no tienen tiempo para leer y que cultivan la nostalgia; los que no leen novelas, sino libros *útiles*, sino ensayos, sino obras técnicas, sino biografías, sino libros de historia; están aquellos que leen de todo y no importa qué, aquellos que “devoran” y cuyos ojos brillan; los que solo leen clásicos, señor, “porque no hay mejor crítico que el filtro del tiempo”, los que pasan su madurez “releyendo” y los que han leído al último fulano y al último zutano porque, señor, hay que mantenerse al día...”

<sup>3</sup> El autor dio su autorización para la publicación de la presente pieza oratoria en condición de que se respetara el formato escrito tal y como fue pronunciado. A tal propósito, para darle fluidez a su lectura oral, intencionalmente el Autor eliminó las referencias y notas al pie de página. Además deja constancia que la mayoría de las ideas fueron tomadas prestadas de los escritores y obras que reseña en la bibliografía que el lector puede encontrar al final. Igualmente señala que se tomó la libertad tanto de usar fragmentos textuales como de recrear y modificar otros a su libre albedrío y gusto, según el efecto retórico que pretendía crear.

Vuelvo y les pregunto: ¿Usted es de los que nunca han leído? ¿Usted es de los que no tienen tiempo para leer? ¿Usted es de los que sí leen, no importa qué? o ¿Usted es de los que se lo pasan “releyendo”? Sea la respuesta que sea, positiva o negativa, no se vaya a ir de este auditorio a con- testar su celular, porque le aseguro, como dijera el actor en la primera película sonora de la historia del cine: “Todavía no han escuchado nada”.

### 3. “NUNCA ES BASTANTE” O EL CANON DE LOS 100 LIBROS

Cuando García Márquez hacía sus primeros pinitos de novato escritor y periodista, más exactamente en febrero de 1950, escribió en “El Heraldo” de Barranquilla, en su Columna “La Jirafa”, bajo el seudónimo de Septimus el siguiente fragmen- to: “Fue precisamente en Plato donde Abelito Villa me contó aquella famosa anécdota del Pontífice –Pacho Rada– quien fue detenido por un corregidor arbitrario que probablemente no contaba con el fervor popular que rodea al acordeo- nero mayor. Lo cierto fue que Pacho Rada se sentó a tocar acordeón y a improvisar canciones dentro de la cárcel, hasta cuando el pueblo se amotinó, dio libertad al preso y expulsó a palos al corregidor. Desde entonces, ningún juglar del Mag- dalena es encarcelado con el instrumento, que tiene para ellos mucho de gonzúa, mucho de llave maestra”.

Eso es el Canon de los 100 Libros, una gonzúa, una llave maestra, un instrumento que se pone en las manos de quie- nes somos universitarios para librarnos un poco de nuestra ignorancia. El Canon de los 100 Libros es una estrategia que contribuye al fortalecimiento de una política institucional para el fomento de la lectura entre los estudiantes de la Univer- sidad de La Salle. Comprende una selección de 100 obras maestras, que todo programa de pregrado o postgrado ha definido, y las cuales todo estudiante debe haber leído com- petentemente al terminar sus estudios. Estos libros se distri- buyen a lo largo del plan de estudios y son independientes de las bibliografías y cibergrafías que formulan los profesores en cada materia.

El Canon de los 100 Libros comprende el Canon General con 20 libros, y el Canon Disciplinar con 80 libros. El Canon General es común para todos los programas de la Univer- sidad y el Canon Disciplinar es específico según el programa académico que cada uno estudie.

Que la Universidad de La Salle haya puesto en marcha este proceso connota, entre otros, los siguientes aspectos: significa que como Institución hace una opción por promover el libro impreso, sin renunciar a las posibilidades que brinda el libro electrónico. Opta por fomentar la tradición de lectu- ra como una línea institucional permanente. Aúna esfuerzos para armonizar estrategias que generen comportamiento lec-

tor y prácticas de enseñanza, donde el libro es instrumento fundamental.

Más adelante les presentarán el Canon de los 20 Libros Generales y cada especialización y maestría dará a conocer a sus estudiantes su Canon Disciplinar, en donde les contarán el resultado del camino recorrido, a saber: crear un proceso eminentemente participativo, definir los criterios de selec- ción, elaborar la lista del canon disciplinar, planear las estrate- gias para su lectura y aprehensión entre los estudiantes, inclu- sión de los libros en los syllabus enganchados a los espacios académicos, a las áreas y/o a las respectivas líneas de inves- tigación, y todo ello imbuido de creatividad y libertad para enamorarnos a nosotros los estudiantes con su lectura.

Lo que primero asusta a maestros y estudiantes en nues- tro medio es ese numerito entre mágico y esotérico: que dizque hay que leerse como mínimo cien libros a lo largo de la carrera de pregrado o postgrado para poder graduarse, que dizque es lo mejor de cada especialidad, que si uno no los ha leído no sabe lo mínimo que hay que conocer de su profesión. Y otros decires que circulan por ahí... Se han escuchado voces muy fundamentadas según las cuales físicamente es imposible lograr tal meta. He ahí otra hipótesis para los profesores investigadores de nuestros postgrados: hacer concienzudos estudios sobre el trinomio tiempo dis- ponible, volumen de lectura y su asimilación. Dicho de otra forma: cantidad de lectura versus calidad de lectura, en tiem- po real.

Carezco de datos serios al respecto, entonces examine- mos el asunto desde lo que conozco. Tuve la fortuna como algunos de ustedes saben, de pasar un par de años estu- diando en Roma, Italia. Allí hay varias universidades centena- rias y se tiene una tradición de siglos en cuanto a la historia universitaria. En Roma cuando uno pasa ya varios años como estudiante, comienza a empaparse de algunas tradiciones humanistas que vienen de siglos, como por ejemplo, la que les voy a contar. En cuestiones de lectura allá nadie se pone a preguntarse si es mucho o no lo que hay que leer. Está en el imaginario colectivo que si Usted es universitario eso quie- re decir entre otras cosas ser un gran lector. Hace parte del cotidiano. Nadie cuestiona, nadie protesta. Por el contrario, se ve como un desafío para los recién llegados. Es común en el ambiente universitario romano afirmar que hacer un doc- torado no es otra cosita que: “Leerse dos mil libros y luego escribir uno nuevo”. El refrán italiano es más sonoro “Lire due- mila libri e dopo scrivere un altro, é semplice, e troppo facile, non e un problema”.

Nuestra mirada sobre los tales 100 cambiaría si reorien- táramos nuestra perspectiva lectora. Las últimas estadísticas nos siguen ubicando a los colombianos como unos pésimos lectores. Mientras en Colombia cada uno de sus 43 millones

de habitantes sólo lee en promedio 1,6 libros por año, nos ganan los mexicanos con 2,5; los argentinos con 3,2; los españoles con 7,7; los portugueses con 8,5... No hay ambiente lector en Colombia según esta estadística de Fundalectura y el DANE en su informe del año pasado.

Claro, a este ritmo tropical de lectura hablar de 100 libros nos tomaría cerca de un siglo leerlos, y creo que difícilmente llegaremos a esa edad. Pero ¿a qué se debe que los colombianos presentemos índices de lectura tan bajos? El mismo informe nos dice por qué los colombianos no leemos, señala tres causas: la falta de tiempo con un 20%, la falta de hábitos de lectura con un 40% y la ausencia de razones para leer, o motivación con un 40%.

Ahora bien si pensamos en el crecimiento exponencial de la información disponible para leer no sólo en formato impreso sino electrónico en este primer decenio del siglo XXI, el abismo se agiganta de manera inmedible. Estoy relejendo un libro que salió a la luz pública en 1970, fue todo un *best seller*, se titula: "El shock del futuro" de Alvin Toffler, autor que mantiene su vigencia casi cuatro décadas después de la publicación que lo catapultó a la fama mundial. Cada diez años escribe un nuevo libro, el último se llama: "La revolución de la riqueza", no leer sus obras es estar fuera de honda. Pero volvamos a la relectura del libro en mención. Tengan presente la fecha en que fue escrito, hace exactamente 37 años. En un capitulillo que lleva por título "El conocimiento como carburante" nos dice:

"La proporción de almacenamiento, por el hombre, de conocimientos útiles sobre sí mismo y sobre el Universo, fue en aumento desde hace 10.000 años. Esta proporción se elevó bruscamente con el invento de la escritura; pero, a pesar de ello, continuó progresando con deplorable lentitud durante siglos. El siguiente salto importante en la adquisición de conocimientos no se produjo hasta la invención del tipo movable por Gutenberg y otros, en el siglo XV. Antes de 1500, y según los cálculos más optimistas, Europa producía libros al ritmo de 1.000 títulos por año. Esto significa, más o menos, que se habría necesitado todo un siglo para producir una biblioteca de 100.000 volúmenes. Cuatro siglos y medio más tarde, en 1950, la proporción había crecido hasta el punto de que Europa producía 120.000 títulos al año. Lo que antaño requería un siglo, se realizaba ahora en sólo diez meses. En 1960, sólo un decenio más tarde, se había dado un nuevo e importante salto, en virtud del cual aquel trabajo de un siglo podía completarse en siete meses y medio. Y, a mediados de los años sesenta, la producción de libros a escala mundial, incluida Europa, se acercó a la prodigiosa cifra de 1.000 títulos diarios".

Volvamos entonces al mágico 100 de nuestro canon, ¿Son muchos libros? ¿Son un atentado contra la salud men-

tal? ¿Sí es real y posible leerlos en tan poco tiempo? O terminaremos como Don Quijote quien "se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio". Pues créanme que no tengo respuesta. Lo único cierto es que en la evaluación que los directores hacen de los profesores aparece un ítem que dice: "Apoya sus procesos formativos en el Canon de los 100 Libros"; y en la evaluación de los profesores que digitamos los estudiantes aparece otro que dice: "Fomenta la lectura de textos del Canon de los 100 Libros".

De pronto el dilema en que hemos quedado enfrascados en este momento de la *Lectio* lo resuelva Ignacio Larrañaga, un chileno, autor de más de 12 libros sobre espiritualidad. Cuenta el autor que el entrenamiento físico de los competidores de alto rendimiento, de aquellos que se preparan para las Olimpiadas, sigue el lema de las mismas: "Más fuerte, más veloz, más alto". Y continúa el autor con su narración:

Un entrenador les repetía a sus entrenados:

-¿Quieren una medalla de oro?... pues ¡Nunca es bastante! Nadaban y nadaban, estaban exhaustos...

-¡Nunca es bastante!

Estaban al borde del agotamiento...

-Les gritaba por el megáfono: ¡Sigan! ¡Nunca es bastante! Llegaban al umbral del dolor...

-Seguía gritándoles: ¡Nunca es bastante!

La lectura se experimenta como una cima que arrastra y atrae, y que cuanto más nos aproximamos a ella más nos cautiva y embriaga. La ley del lector y la lectura: ¡Nunca es bastante!... ¡Nunca es bastante!... ¡Nunca es bastante!

#### 4. OBLIGACIÓN, NECESIDAD O GUSTO

No soy aficionado a la tauromaquia porque de niño quedé traumatizado por la misma, lo cual no quiere decir que no haya aprendido mucho de ella. Hoy no debería estar aquí. Debería haber muerto ensartado por los cachos de un toro. Les cuento. Vivía en un pueblito de Santander llamado Oiba, de esos pueblos donde la cotidianidad y la rutina sólo la rompían o la vuelta a Colombia en bicicleta que pasaba por allí, o el primer programa de la televisión en blanco y negro, o la ciudad de hierro (entiéndase una diminuta rueda volante, que a uno se le hacía gigantesca, un carrusel de caballitos que daba vueltas y vueltas, y quizás uno que otro aparato mecánico que hacían las delicias de chicos y grandes), o el circo de toros.

Me referiré a este último, anunciaban la llegada con bombos y platillos, y no crean que es una frase simplemente retórica, era con bombos y platillos de verdad que unos músicos ha-

cían sonar junto a un cartel que anunciaba los toros. Luego venían los camiones con tablas y demás aparejos y comenzaba la construcción del ruedo. En un santiamén armaban todo. Lo último en instalar era un altoparlante que ponía música de feria y anunciaba los toreros. Y lo mejor... llegaban los toros, los furiosos toros, que uno de niño maximizaba en grado sumo. Yo los recuerdo negros, terroríficos, con unos cachos impresionantemente grandes y puntudos, que se sacudían en la carrocería del camión queriéndose como salir. ¡Uyy qué susto! Todavía se me eriza la piel al recordarlos.



La curiosidad siempre puede más que el miedo. Tanto molesté a mi papá que me llevara a ver la corrida de toros, que a regañadientes aceptó, pese a las insistentes razones de mi mamá en contra: “eso no es un espectáculo para niños”, “vea, esa plaza es muy peligrosa”. Creo que ni dormía esperando el tan anhelado momento de verme dentro de la plaza.

Y el día llegó, mejor la tarde, porque las corridas eran a las 4:00 p. m. cuando el sol estaba al occidente y así no encandilaba a los toreros, como más tarde supe. Yo no sé si lo que sigue es suerte, azar, o protección divina o no sé que hado misterioso inscrito en el tiempo para que pudiera estarles hoy contando el cuento, pero la historia sigue así. Como mi padre era médico, justo cuando nos íbamos a ir para toreo, llegó un enfermo de gravedad, me parece que con ataque cardíaco y tuvo que atenderlo de emergencia. Esto hizo que nos retrasáramos para salir a toros. Ya se pueden imaginar mis maldecirres contra el enfermo, uno de niño sólo entiende de razones como que me habían prometido ir a toreo y nada más. Estoy casi seguro que recé un conjuro maléfico por el enfermo, no recuerdo si para que viviera o se muriera rápido. Lo cierto es que lo estabilizaron, lo dejaron a cargo de la enfermera. Y a toros como alma que espanta el diablo.

Pero cuando uno está de malas, está de malas. A medida que nos acercábamos a la vetusta plaza de madera, se oían las trompetas y la bulla. Ya había comenzado la corrida. Estaba cerrada la única puerta de entrada y por supuesto de salida. Y los que habían contratado para controlar la entrada y las boletas, muy orondos, como en todo pueblo, como no llegaba nadie más habían cerrado la puerta y se habían ido a ver el espectáculo de gorrá.

Triste y cabizbajo regresamos a casa y a pesar de las miles de razones de mi papá, entre otras, que al día siguiente iríamos, nadie me pudo sacar de la frustración. Pero ahí no

para el cuento. En casa para matar la pena me hice en la ventana a mirar la calle desolada, que precisamente conducía al mágico lugar donde en esos instantes se desarrollaba lo que no había podido ver. No sé cuanto tiempo pasó así. De repente se oyó una algarabía inmensa, gritos como de angustia. Seguía mirando a la calle. Desolación. Pero hacia la dirección de la plaza de toros por el altoparlante se filtraban los gritos de desespero de la gente. Por la calle aparece un niño caminando tranquilo, había salido de la esquina vecina, no lo conocía, de repente observo como desde el fondo de la calle viene en estampida bruta un toro de esos del camión que les contaba. Y detrás venían persiguiéndolo dos hombres a caballo tratando de enlazarlo.

Niño en medio de la calle que no se da cuenta del peligro, toro negro hacia él, dos hombres a caballo en desesperado esfuerzo de alcanzarlo... Ahora entienden por qué quedé traumatizado, eso de ver a la distancia ensartar un cuerpecito en los cachos de un toro, gritos, sangre y demás... les dejo a la imaginación el resto. Es sobrecogedor. ¿Qué había ocurrido? Pues resulta que había quedado mal armada una parte del ruedo de la plaza, y justo por allí, en un momento de furia del toro que comenzaba a lidiar un torero, en lugar de embestir la capa, se fue directo hacia el ruedo, lo rompió y se encaramó por entre el tablado y la gente, e imagínense el resto, hubo muchos heridos y un muerto, un compañerito de clase con el cual habíamos acordado estar juntos esa tarde...

Pero bueno, esto qué tiene que ver con la lectura. No hay mal que por bien no venga. A raíz del suceso me surgieron tantas preguntas sobre el toreo y los toros, que unas tías me trajeron de Bogotá por encargo de mis padres unos libros para niños, de esos profusamente ilustrados y otros para colorear que tenían que ver con la tauromaquia. Los leí y los releí tanto que me los aprendí de memoria. Vaya a saber en cual

de los tantos trasteos de la familia de un lugar a otro, se perdieron. Así terminó mi prematura afición por la tauromaquia, pero comenzó otra tal vez más apasionante, mi afición por la lectura, de la cual les continuaré hablando en esta *Lectio*. Me aficioné a ella por puro gusto, por el simple placer de saciar la sed de respuestas, de matar la curiosidad. Y nunca he perdido ese gusto.

Pero por esas mismas lecturas sé que no a todos les ocurre lo mismo. Por ejemplo Mauricio Pérez Abril de la Universidad Javeriana, director del grupo de investigación Pedagógicas de la Lectura y la Escritura, sostiene que hay tres tipos de prácticas lectoras, es decir, esos hábitos a través de los cuales alguien se vuelve un lector empedernido.

La primera: prácticas de lectura obligadas. Se lee porque toca, no hay salida. En la escuela, en el colegio y en la universidad avocan a los estudiantes con lecturas académicas. Se lee para acceder a los saberes producidos por la cultura, tanto local como global. Se lee para apropiarse información y conocimientos y para estar en condiciones de hacer algo con esos conocimientos. Aunque sea responder a las evaluaciones de los maestros.

La segunda: prácticas de lectura funcionales. Se lee por necesidad, por exigencia de las diferentes funciones comunicativas que cumplen los textos en la vida social. Por tanto se lee para relacionarse con las demás personas y con las instituciones (se leen formatos, informes, protocolos, cartas, correos electrónicos), se lee para informarse de los acontecimientos de interés colectivo, se lee para participar en un proceso de vida democrática (votar, participar en un referendo). Se habla de funcionales, porque imaginen si en la empresa o institución donde usted trabaja, no lee una citación del jefe a una reunión, o el documento que se va a discutir, o el contrato, tal vez termine perdiendo el empleo. La necesidad obliga a leer.

La tercera: prácticas lectoras del goce. Dice el autor que en la tradición de las teorías sobre la lectura, suele verse este tipo de práctica como la de más alto valor y prestigio. Es difícil considerar a alguien como lector, si no desarrolla un gusto por leer. Por tanto, formarse como lector tiene como horizonte el desarrollo del gusto y del sentido estético. En Colombia este no es el tipo de lectura dominante, lo dicen los expertos y las encuestas. Son los primeros dos tipos los que practica la mayoría de la población colombiana.

Pregúntese cada uno. Lo que ofrecen los profesores para leer, ¿Usted lo lee por obligación, por necesidad de una calificación o por el gusto de leer sin más? Quieren que me meta en camisa de once varas. Ahí va, los múltiples proyectos de investigación y sus sucesivos avances que entregamos a nuestros profesores ¿Los profesores los leen por obligación,

por necesidad, o por el gusto de leer? ¿Nuestros profesores los leen?

Claro que sí los leen, no duden, lo que ocurre es que usan técnicas de lectura rápida para gente ocupada, como la que nos cuenta Daniel Pennachioni quien escribe bajo el seudónimo de “Daniel Pennac”: “Los autores que dejan manuscritos en las editoriales ponen con frecuencia páginas al revés para confirmar si alguien los leyó. Y no es que los editores no lean los manuscritos, es que no los leen completos. En un manuscrito lees la primera página, alguna del medio y la página final y sabes de inmediato si el libro carece de interés, si es medio interesante o muy interesante. Si desde el principio se nota que no hay manejo de la lengua o que la historia está llena de estereotipos, el editor no se va a tomar la molestia de leer el resto”.

Volvamos a nuestro Canon de los 100 Libros, ¿corresponde la estrategia a unas “prácticas de lectura obligadas” que cual tortura impuesta terminarían produciendo lo contrario de lo que se quiere, repulsa y odio a la lectura? ¿Podemos más bien emparentarla con unas “prácticas de lectura funcionales” tal vez tornándose en parte de todas esas cosas que uno como estudiante le toca hacer si no, no lo gradúan? ¿O cómo les parece si la consideramos como unas “prácticas lectoras del goce” donde el Canon se convierte en un sabroso gusto del leer por leer, del leer sin más? He aquí otra hipótesis-desafío para los postgrados, sus maestros, y por supuesto, nosotros los estudiantes.

## 5. DEL PLACER DE LEER EN OTRO IDIOMA

Por obligación, necesidad y gusto yo soy políglota. Excusen que recurra de nuevo a mi propia experiencia. Pero fue lo que les anuncié desde el comienzo de esta *Lectio* que a falta de méritos propios sobre el tema debía recurrir a mis secretos amores y pasiones por los libros. Ahora le toca el turno a los leídos en otros idiomas. Por obligación tuve que aprender italiano, por necesidad francés y por puro gusto portugués. Y a consecuencia de los tres no sé el inglés, ¡qué vaina! Obligado el italiano porque si no cómo estudiaba en Roma, por física necesidad el francés porque viví cuatro años en la casa central de nuestra congregación y en ese momento allá la lengua franca era el francés, había la necesidad de comunicarse como fuera para sobrevivir diariamente, y resulta que cuando ya sabía italiano y francés, cayó en mis manos un libro en portugués y descubrí muy satisfactoriamente que entendía prácticamente todo. Bien saben Ustedes que este hace parte de las lenguas romances como el español, el italiano y el francés, y si se saben estas tres últimas la otra llega por añadidura.

Lo difícil no es leer en otro idioma, lo arduo es aprender ese otro idioma. Luego que se logra, el resto todo es placer puro y extático. Quienes de los que acá me escuchan y do-

minan una segunda, tercera o más lenguas saben que lo que digo es cierto.

O no es rico en una noche de insomnio sencillamente prender la luz, estirar la mano, escoger el libro en el idioma que se quiera y sumergirse en él en un diálogo íntimo, donde le revela a uno todos sus secretos; y disfrutarlo, porque antes le llegaba a uno un libro en un idioma extranjero y tristemente había que dejarlo a un lado, no se comprendía nada de nada. Bueno aclaro, les habla un célibe consagrado, no sé si esto lo pueda hacer alguien que convive en pareja, de pronto su compañero o compañera lo mande a la sala a leer por lo inoportuno del momento, que interrumpe el placentero sueño en brazos de Morfeo, o acaso otras delicias idílicas propias de las parejas.

Cuando uno tiene varios idiomas metidos en la cabeza, se da el gusto de hacer malabares, por ejemplo leer primero un capítulo de un libro en portugués, después pasar a otro en francés, enseguida alguno en italiano, para rematar con uno en español. ¿Saben que se siente al final del ejercicio? Una especie como de poder al cual secretamente Usted solo tiene acceso. El poder placentero de saber que no hay barreras de comunicación para Usted en esos idiomas.

O por ejemplo el gusto de leer en otro idioma la actualidad publicada en él. Bien sabemos que las traducciones, salvo que sean *best seller*, tardan entre cinco y diez años en ver la luz pública. O nunca las hacen porque no hay mercado suficiente. Para un maestrante o doctorando dominar la lectura en una segunda lengua es casi una condición necesaria para mantenerse actualizado en el ritmo de la producción de su especialidad.

O el placer más extático que existe al leer en otra lengua, comprender lo intraducible, hay textos que no tienen equivalente en otro idioma, por ejemplo los poéticos, poder acceder al original es algo delicioso. Tengo otro ejemplo de esto, pero mejor se lo cuento con una breve historia. J. H. Jhonson fue uno de los traductores simultáneos más exitosos y competentes entre los integrantes de dicho gremio en la ONU, cierto día se encontraba en su trabajo haciendo la traducción simultánea vertiendo al español la conferencia que leía un japonés. Todo iba muy bien. Quienes escuchaban por los auriculares se encontraban fascinados por la capacidad del traductor de expresar no sólo con palabras sino con entonaciones lo que el japonés iba leyendo. De pronto se silenció, segundos que se hicieron eternos, los escuchas se inquietaron y comenzaron a voltearse y mirar hacia la cabina del traductor. Le veían concentrado e inquieto y de pronto riéndose solo a carcajadas. Repentinamente tornaron a escuchar la voz del traductor quien les decía: “Por favor el conferenciante se sentirá en este momento muy bien, si ustedes se ríen a carcajadas, acaba de terminar un chiste intraducible pero buenísimo, ríanse por favor, ríanse se los suplico”.

Si Usted todavía no ha aprendido a leer en otro idioma, lo invito, no llegue a la vejez o a la muerte, prohibiéndose de placer intelectual tan incomparable. Ya a mi edad tan sólo aspiro a que no me coja la temible parca sin poder leer en inglés (lo cual es una necesidad a la quinta potencia), y a poder acceder a los textos antiguos de mi especialidad, creo que les conté que es la teología espiritual, escritos en latín y en griego.

Esto de ser políglota no tiene ningún misterio ni es signo de poseer una de las inteligencias múltiples, de esas que habla Gardner. Tan sólo se requiere de buena memoria y ejercitarla todos los días. En el libro “Los traductores en la historia” se nos cuenta que los métodos de interpretación han conocido una evolución a lo largo de los siglos, y aún hoy se pueden enumerar varios: consecutivo, susurrado, simultáneo, con o sin equipo. Todos demandan de los intérpretes de alto calibre, una gran dosis de memoria. Se cuenta de la señora Angeli que podía “escuchar un discurso completo en inglés, en francés o en italiano y repetirlo en las otras lenguas sin tomar notas”. Conozco personas que dominan hasta catorce y más idiomas, poseen una memoria prodigiosa, portentosa, mas en su vida personal no logran comunicarse ni intimar con los demás. ¿Para qué saber tantos idiomas? Me decía uno de ellos, por el simple placer de poder leer en ellos. Como que se justifica el asunto ¿No? Otro que conocí y que también dominaba varios idiomas, trabajaba y se ganaba la vida haciendo traducciones, me decía con un cierto dejo de amargura “Estoy condenado a traducir las ideas de los otros por falta de las propias”. Triste ¿No? Todos estos relatos nos advierten que de nada sirve leer en otros idiomas si se va a vivir el resto de la vida con ideas prestadas. Si esto es así, lo mejor es no aprender otras lenguas. Hay que ser originales.

## 6. DEL GUSTO DE LEER A NUESTROS MAESTROS

Aquí en Colombia todavía somos un poco rústicos en algunos casos. Si un profesor nos recomienda que leamos uno de los libros de su autoría, y todavía más si tiene el atrevimiento de insinuarnos que lo venden en tal librería. ¡Troya!. Comenzamos a proferir *sotto voce*, “Ve, este creído, ya está haciendo negocio con nosotros” o “Tan caro, no hace ni un descuentito”. En el mundo universitario del cual tuve la fortuna de estar inmerso, los profesores se clasificaban en dos, los que tenían publicaciones y los que no. Y era como inconsciente, cuando uno se enteraba que no habían publicado ni un libro, uno llegaba a sus clases con suspicacia y desconfianza. Este como que es novato en el asunto, comentábamos. Algunos escasos docentes lograban conquistar al auditorio a pesar de este lastre invisible que cargaban, o sobrevivir sin contar con esa aureola de poner a leer a sus estudiantes el último libro que habían escrito.

Creo que hay un singular gusto estético, en uno leer a alguien que conoce, y todavía más cuando se es su alumno. Uno como que se siente en un ritual iniciático del maestro que ha hecho escuela mediante sus escrituras. En mis tiempos de estudiante de pregrado en el medio universitario bogotano había un autor por cuyas lecturas todos pasábamos, era Tamayo y Tamayo, sus libros de metodología del trabajo científico se reeditaban y reeditaban. A uno le surgía la inquietud de conocerlo, de tal vez ser su discípulo. Solo alcancé a saber que trabajaba de profesor en otra universidad. Y así, van surgiendo autores, que se vuelven clásicos por alguno de sus libros. Son libros que suenan de boca en boca de los estudiantes y profesores, o pasan de mano en mano, nuevos o usados, recién salidos de la imprenta o de segunda.

A esta categoría de publicaciones pertenece ese libro muy útil, interesante y didáctico titulado *Pregúntele al ensayista* (de color azul y naranja) es referente obligado para todo profesor o universitario que deba escribir un ensayo; Vásquez Rodríguez su autor es conocido por todos Ustedes. No se pierda la ocasión de experimentar por cuenta propia eso a lo cual me he estado refiriendo, el gusto de leer a sus maestros o conocidos. Fernando nos regala dos perlas en otro de sus libros *La enseñanza literaria* (de color verde), allí nos cuenta que para Goethe hay tres tipos de lectores: “el que disfruta sin juicio; el que, sin disfrutar, enjuicia, y otro, intermedio, que enjuicia disfrutando y disfruta enjuiciando”. Esta es la primera perla. Oigan la segunda, cita a Vladimir Nabokov: “Un buen lector, un lector de primera, un lector activo y creador, es un relector... Puesto que el artista ha utilizado su imaginación para crear su libro, es natural y lícito que el consumidor del libro también utilice la suya...”.

## 7. “PARA LA INMENSA MINORÍA”

Es el lema de la emisora HJCK especializada en asuntos de la cultura. La historia de la lectura y de los lectores a través de los siglos ha demostrado que la lectura y los lectores son una “inmensa minoría”, una especie de élite, aunque esta palabra a nadie le gusta en nuestro mundo posmoderno, porque todos somos iguales, pero como decía mi papá “ante la ley y ante Dios somos iguales, pero las culturas no son iguales”. El mundo implacablemente divide a las personas en dos, entre los que son lectores y los que no lo son, y no hay vuelta de hoja. Es el mismo problema en todos los países del planeta. Muchos saben leer, aprendieron a leer, pero no ejercen de lectores. Es una lástima. Pierden un plus de humanidad y ese degustar lo mejor de las creaciones que nos llegan del ayer.

La lectura es para la inmensa minoría (otra hipótesis para el debate). Pero una minoría exigente consigo misma y con su gremio. Dentro de esta premisa tiene sentido el parámetro que les voy a compartir en este momento. Lo encontré en una revista francesa dedicada a la lectura y los libros. En ella presentaban la última encuesta sobre lecturabilidad y jóvenes

universitarios, lo que me llamó poderosamente la atención no fueron los resultados sino el criterio con el cual catalogaban a los jóvenes universitarios lectores.

Dividía a los universitarios en lectores fuertes y lectores débiles. Un lector débil era aquel que leía un libro completo por mes o menos, es decir alrededor de 12 libros en un año. Y lector fuerte era aquel que leía dos o más libros completos por mes, es decir al menos 24 libros en un año. Ya cada uno puede echar seriamente sus cuentas y decir qué temperatura le da este termómetro de la lecturabilidad, soy lector fuerte o lector débil. Yo confío en que todos los aquí presentes hacemos parte de esa “inmensa minoría” de entre los 43 millones de colombianos que escapamos a la regla y nos aproximamos al menos a ser lectores débiles, famélicos, enclenques, endebles, anoréxicos.

Terminemos este juego de números y estadísticas aplicándolo al canon. Pregrado, 10 semestres, si se leen al menos diez libros por semestre, al final de los cinco años se habrían leído al menos los 100 del canon (Ritmo de uno y medio por mes). ¿Viable? Ustedes tienen la respuesta. Postgrado, cuatro semestres, si se leen al menos 25 por semestre al final de los dos años se habrían leído al menos los 100 del canon (Ritmo de cuatro y pico por mes). ¿Viable? Ustedes tienen la respuesta.

## 8. LO REAL, LO POSIBLE Y LO NECESARIO

Uno siempre saca muchas disculpas para no leer, lo mismo que para no escribir. Excusas y más excusas. Enrique Vila-Matas, narrador barcelonés, tiene un delicioso libro en donde nos cuenta los ingeniosos argumentos con los cuales destacados escritores, una vez que publicaron uno o dos libros que los llevaron a la fama, no volvieron a escribir.

Por ejemplo nos dice que Juan Rulfo tras el éxito de su novela *Pedro Páramo* no escribió nunca más, cuando le preguntaban por qué ya no escribía, Rulfo solía contestar: “Es que se me murió el tío Celerino, que era el que me contaba las historias”. O la excusa del español Felipe Alfau quien emigró a Estados Unidos, quien explicaba su definitivo silencio literario sosteniendo que había renunciado a la escritura por culpa del trastorno de haber aprendido inglés y haberse hecho sensible a sus complejidades.

El truco que siempre le funcionó a Stendhal era el de no escribir nada porque aguardaba a que le llegara la inspiración, cualquier persona sensata sabe que para ser escritor hay que escribir al menos dos horas todos los días, con o sin inspiración. A los diecinueve años Rimbaud, con una precocidad genial, ya había escrito toda su obra y cayó en un impresionante silencio literario que duraría hasta el final de

sus días. La explicación que da Vila-Matas es que contaba con una imaginación muy poderosa que se le tornó en alucinaciones, y a nadie le resulta grato dedicarse a inventar por escrito las alucinaciones propias.

Excusas y más excusas para no escribir ni leer. Pero de lo que les quería hablar era de “lo real, lo posible y lo necesario”. Este es un subtítulo de un libro de Delia Lerner que trata del leer y del escribir. Si extrapolamos sus tesis al mundo de la universidad tendríamos algo así como el siguiente resultado.

El desafío que enfrenta toda universidad es lograr que todos sus estudiantes sean miembros plenos de la comunidad de lectores y escritores que debe ser todo cuerpo profesoral universitario. Esto presupone apropiarse de una tradición de lectura y escritura. De aquí surge: lo necesario, lo real, lo posible.

Lo necesario es hacer de la universidad una comunidad de lectores que acudan a los textos buscando respuesta para los problemas que necesitan resolver, tratando de encontrar información para comprender mejor algún aspecto del mundo que es objeto de sus preocupaciones, buscando argumentos para defender una posición con la que están comprometidos o para rebatir otra que consideren peligrosa o injusta, deseando conocer otros modos de vida, identificarse con otros autores y personajes o diferenciarse de ellos, correr otras aventuras, enterarse de otras historias, descubrir otras formas de utilizar el lenguaje para crear nuevos sentidos...

Lo real es llevar a la práctica lo necesario. Lo real es enunciar y analizar las dificultades de la puesta en escena de lo necesario. Esto es difícil porque los propósitos que persigue la universidad con la lectura muchas veces son diferentes de aquellos que motivan la lectura de los estudiantes.

Lo posible es la formulación de las soluciones. Explicar las prácticas lectoras con las cuales todos nos comprometemos. Es hacer el esfuerzo de conciliar las necesidades inherentes a la institución universitaria con el propósito educativo de formar lectores. Es generar condiciones didácticas que permitan crear e implementar —a pesar de las dificultades y contando con ellas— una versión universitaria de prácticas lectoras viables.

Pensando de nuevo en el Canon de los 100 Libros ¿Qué sería lo necesario? ¿Qué lo real? ¿Qué lo posible? Otras preguntas para sendos debates. Ilustremos la cuestión. Los expertos nos dicen, y entre ellos, Juan Manuel Pombo, que todo el mundo opera, al expresarse en cualquier idioma, con un vocabulario



“activo” y otro “pasivo”. Se dice que una persona con un vocabulario activo de unas 500 palabras tiene ya en efecto un dominio operacional en cualquier lengua. Un bachiller promedio debería contar con un vocabulario activo de unas 1.500 palabras. Continuando con la proyección un maestrante promedio debería contar con un bagaje activo de más o menos 3.500 a 4.000 palabras. En *El Quijote* se utiliza un léxico aproximado de unos 15.000 vocablos. Sería interesante saber la cifra para Cien años de soledad. Estos datos sin más lo que nos quieren decir es que si nuestra memoria lingüística no cuenta con un vocabulario mínimo, no es posible leer comprensivamente. Surge otra pregunta ¿Cuáles son los requisitos, los previos sin los cuales no es posible augurarle un éxito anticipado a un estudiante que se sumerge en la estrategia del canon?

## 9. EL SÍNDROME DEL LIBRO EN SOLITARIO

Hubo un momento en el mundo universitario colombiano donde por cada materia había un libro de texto, un clásico, que incluso había que aprenderse de memoria. El profesor era profesor de un solo libro. La gran ventaja era que si este era bien escogido iniciaba al estudiante con un panorama sólido, con una síntesis muy bien pensada y didácticamente presentada, sobre la materia. Lo dejaba bien ubicado y encauzado en medio del inmenso caudal bibliográfico para que después navegara por su propia cuenta. El estudiante terminaba la materia realmente sabiendo lo básico, lo esencial de cada disciplina. Lo negativo de la estrategia era que no se acostumbra al estudiante a explorar múltiples posibilidades, a no contentarse con lo mínimo por muy bueno que fuera, y evidentemente no se aprendía a investigar y a estar en actualización permanente.

Tal vez alguno de los expertos aquí presentes nos pueda decir en qué momento de la historia de la pedagogía co-

lombiana ese maestro de un libro desapareció y se metió la corriente que sostenía que lo verdaderamente formativo era lo contrario. No había que dar al estudiante un solo libro sino un amplio repertorio bibliográfico para que él mismo construyera su saber y saliera de la ignorancia. Entonces todos competían por ver quien entregaba al comenzar el semestre a los estudiantes la bibliografía más copiosa y voluminosa posible, y ahí “sálvese quien pueda”. Esta costumbre se ha radicalizado en los últimos años con las inmensas posibilidades de las cibergrafías, cuántas páginas web, bancos de datos, revistas electrónicas, *journals* y repertorios existen a disposición del cibernauta. Basta una palabra en un robot de búsqueda y salen al instante millones de posibilidades. Ahora más que nunca es cierto que “la vida es corta y el arte es largo”. Es físicamente imposible mantenerse actualizado ante la explosión de información en un solo dominio.

Nos fuimos al otro extremo. Nosotros los pobres estudiantes nos vemos avocados a ahogarnos en semejante océano de información, y corremos el peligro de al terminar una materia quedar más ignorantes de como la empezamos. Sin una síntesis mínima, sin un indicador de ruta que muestre por dónde seguir solo, sin lo esencial y básico apropiado convenientemente, el camino en solitario es imposible. Aquí hay otro debate por hacer para buscar las mejores herramientas didácticas. No obstante, esta problemática es un punto a favor del Canon de los 100 Libros, si los profesores seleccionaron bien esos libros canónicos, se constituyen en una magnífica estrategia para posicionar al estudiante en el maremágnum de información disponible.

## 10. LA LISTA DE ESPERA

Conocí un profesor de Filosofía de la UIS (Universidad Industrial de Santander) quien había hecho todos sus estudios filosóficos universitarios en el viejo continente y cuando comenzaba un curso siempre decía así: “Vean compañeritos, la Filosofía solo se puede hacer sentados en un cómodo sillón, junto al calor de una chimenea encendida en las horas de la noche y degustando un buen vino”. Solo años después cuando tuve la oportunidad de conocer algunas casas de familias europeas entendí. En ciertas viejas casonas el estudio queda junto a la chimenea y el ambiente es silencioso e invita a la reflexión profunda y a la meditación. Y si además hay un buen vino: Filosofía hecha. He descubierto que su equivalente en la tropical Colombia es una cómoda silla y un tinto. La lectura sabrosa sólo se puede hacer así, “seamos amigos, tomémonos un tinto”. La verdadera Universidad se hace en torno a los tintos, en los pasillos, en las cafeterías y en esos ambientes que invitan a degustar la bebida nacional y por supuesto, a conversar de libros.

Leyendo y bebiendo tinto aprendí que hay dos tipos de lectores. Los lectores de un solo libro y los lectores de varios

libros. Los de la primera categoría hasta que no terminan un libro no comienzan otro. En cambio los de la segunda categoría leen varios libros en paralelo. De uno leen un capítulo, después de otro leen dos y así sucesivamente, sus lecturas son múltiples, sobre temas variados. Cada uno debería preguntarse qué tipo de lector es, si de uno o de varios libros. Yo soy de estos últimos. Lo único que identifica a las dos categorías de lectores es que tienen su propia “lista de espera”. Hay tantas cosas interesantes y buenas para leer, que la vida no alcanza, mucho menos la plata. “Sí, los libros son muy caros, pero pruebe Usted a ver cuánto le cuesta la ignorancia”. Entonces toca priorizar las lecturas. Y siempre la lista de espera nunca está desocupada. A última hora llega un libro que nos hace cambiar el orden de las lecturas. Uno mismo les hace palanca para bajar del primer puesto al que tenía. Uno mismo se hace trampa: este puede esperar aquel no.

Mas no sólo los libros nos hacen cambiar la lista de espera, a veces un artículo con un título provocativo logra mudar nuestra atención. Hace algunos días un profesor me regaló un articulillo “Hacia una bioética integral”, zipote de título, él desvió todas mis prioridades de la lista de espera, entre las cosas que aprendí se encuentra la siguiente anécdota. Se cuenta que “en reuniones de bioética de los años sesenta se solía citar en broma el episodio del médico y el cura de un pueblecito pequeño. Eran muy amigos, pero el cura presumía de no ir nunca al reconocimiento médico y el médico se jactaba de no ir nunca a misa. Un día salen juntos en auto, sufren un accidente y son conducidos en estado de coma a la misma sala de urgencias de un hospital en la capital más cercana. Se despiertan del coma al mismo tiempo. ¿Cuáles fueron las primeras palabras de cada uno? Dijo el cura: “¡Llamen pronto a un médico, que me muero!”. Dijo el médico: “¡Llamen pronto a un cura, que me muero!”. Ahh la lista de espera.

## 11. DEL LIBRO ELECTRÓNICO Y LA INTERNET

Confieso que desde hace años tengo en mi lista de espera a la saga de Maqroll el Gaviero, las siete novelas de Álvaro Mutis. Confieso que de él no he leído nada de nada, con ser un escritor colombiano tan importante. Pero vean como es uno de ignorante. Tantos años haber oído y leído el calificativo de “Gaviero” que les juro que siempre pensé que esa palabreja se relacionaba con alguien que tenía que ver con la gaviotas. Hasta que me encontré por pura casualidad hace unos días con este párrafo “Gaviero: marinero sesentón y solitario, desencantado del alma humana, errante, nostálgico y enfrascado siempre en oficios raros y empresas absurdas que de antemano sabe que terminarán mal pero que asume resignado en medio de su introspección permanente. Contrario al aventurero y triunfador, Maqroll es el antihéroe; un héroe más humano, del que se desconoce su origen y destino y para quien lo esencial del viaje es el trayecto mismo, pues tampoco tiene un lugar

al cual regresar. El encargado de la Gavia –lugar más alto de la embarcaciones desde donde puede ver el punto más lejano del horizonte– vive circunstancias llevadas al límite, salvándose siempre milagrosamente un segundo antes del naufragio”.

Pero más que esa palabra nueva para mi diccionario con pelo (gaviero: el encargado de la gavia de los barcos), Álvaro Mutis es uno de los críticos lúcidos que nos hace caer en cuenta que en cuestiones vitales los nuevos adelantos tecnológicos no lo son todo. Textualmente dice: “Lo que pienso es que siempre habrá la palabra escrita y ella nos acompañará hasta el último día, a pesar de las computadoras y de todo ese horror. La computadora es la manera de hacer desaparecer al ser humano. Supuestamente la inventaron para acercarse a la gente, pero a lo que te acercas es al aparato. El internet acaba con los seres vivos. Se pierden las caras, el contacto con la persona. Eso no es progreso”. Fernando Savater, el filósofo, en su viaje a Colombia fue más explícito, directo y didáctico en su crítica a la multimedia con relación a la lectura: “Educar por internet es como hacer el amor por correspondencia”. Digamos para contentarnos que estos dos viejitos, porque ya lo son en la vida real, están desfasados de su tiempo. Lo que ocurre es que la tecnología de la lectura en medio electrónico apenas comienza a perfeccionarse, y como dicen los expertos todavía no es amigable. Se imaginan cuando esa maravilla que desarrollan salga al público y se popularice, ese pequeño libro tal y como lo conocemos hoy con unas hojas todas en blanco que con solo dirigirse a él y hablarle y pedirle tal o cual libro o el artículo tal sobre lo que usted investiga en el idioma tal, como por arte de magia le aparezca visible y a leer se dijo. Llevar para donde uno quiera todo el acervo de conocimientos de la humanidad en el bolsillo, ¿así quién no lee?

O esa otra de la cual da cuenta Héctor Abad Faciolince con motivo de los 120 años de El Espectador: “Los que vivimos de escribir o publicar libros venimos oyendo desde hace mucho tiempo estas nostálgicas “elegías de Gutenberg”, y esto nos ha vuelto más escépticos en cuanto a la proximidad del momento en que el papel será reemplazado por algún otro soporte material. Los periódicos se leerán de otra manera, tarde o temprano, por el bien de la tala de bosques y el calentamiento global, pero esto no será mañana ni pasado mañana. No ha habido ni un año en los últimos ochenta años en que no se haya declarado la muerte inminente de la novela, y las novelas siguen tan campantes.

Sin embargo no hay duda de que el periodismo on-line es una realidad que cada día le roba lectores –y sobre todo lectores jóvenes– al periodismo que se publica en papel. Se investiga en nuevas tecnologías y soportes para los periódicos y es posible que algún día (como en ciertas películas futuristas) tengamos en las manos una especie de cuadernillo de hojas de acetato con tinta líquida que simularán la apariencia de un periódico tradicional y que irán cambiando sus titulares

y sus fotos con el paso de las horas y las actualizaciones emitidas desde la sede del medio.

Sea como sea, este cambio no se dará hasta que estas hojas no puedan doblarse y caerse sin dañarse, y hasta que podamos llevárnoslas hasta debajo de un árbol en el parque sin tener que pensar en una fuente de electricidad”.

¿Veremos ese futuro sin libros, revistas, ni periódicos impresos? ¿Llegará ese futuro pleno de libros, revistas y periódicos electrónicos?... ¿Quién lo puede asegurar? La historia está llena de aleccionadores ejemplos. Aidan Chambers nos presenta uno bien interesante, escribe el autor: “Hay una historia paralela que puede ayudarnos a pensar el futuro del Libro. A mediados del siglo XIX surgió la fotografía como una nueva forma de registro visual. Desde siempre hasta ese año, las personas habían dibujado y pintado imágenes como la única manera de registrar la experiencia visual –cómo se veían ellos y sus familiares, sucesos importantes, paisajes, experimentos científicos–. A partir de aquel momento la fotografía podía registrar todo eso mucho más fácilmente. Hubo expertos que afirmaron que la pintura estaba acabada, muerta. Pero otros cuestionaron esta profecía y se dedicaron a analizar en la teoría y la práctica qué ocurre con la pintura y el pintar que los hace diferentes de otras formas de comunicación visual, especialmente de la fotografía, y si hay algo único en ella que es esencial para la vida humana” ¿Qué ha ocurrido tantas décadas después? “Nunca ha habido tantas personas pintando, tantas otras ofreciendo su obra a la venta, tantas galerías abiertas al público”. La pintura no desapareció se transformó.

“Como demuestran Guglielmo Cavallo y Roger Chartier en su “Historia de la lectura en el mundo occidental”, cada desarrollo evolutivo en la tecnología y presentación de los textos cambia la práctica de la lectura. Como sucedió, por ejemplo, en el cambio de la piedra al papiro, del papiro al pergamino y del pergamino al papel, del rollo al códice y del manuscrito al texto impreso. A cada desarrollo importante en la tecnología le ha seguido un crecimiento en la escritura y la lectura” ¿Acaso no es lo que estamos experimentando con la internet y con los libros electrónicos?, un nuevo soporte físico para la escritura y una nueva forma de leer.

Pero los voy a desanimar, todas las últimas encuestas serias nos afirman que a pesar de que hay más aficionados al internet, no aumenta el número de lectores, se utiliza para la música, los videos, consultar servicios, chatear, etc... y en mínima proporción para leer textos. Y lo más sorprende que nos revelan esos estudios e investigaciones, los que leen en internet son los que tienen el hábito de leer revistas, periódicos y libros impresos en papel. ¿Qué ocurre con las nuevas generaciones? (He ahí más temas de discusión e investigación).

## 12. LA GENERACIÓN HARRY POTTER

La integran todos los jóvenes del mundo que en este momento tienen 17 años, o sea algunos de sus hijos y todos los estudiantes universitarios que están en los primeros semestres. Contradicen todas las leyes de los estudiosos de la lectura y sus pronósticos de cambios en los hábitos lectores.

La saga de Harry Potter, el éxito editorial más impresionante de los últimos tiempos, ha llegado a su séptimo y último tomo. Más de 300 millones de ejemplares en todas las lenguas masivas de la tierra ha vendido la historia de la escritora Joanne K. Rowling nacida en Bristol en 1965. Ella que antes de 1996 difícilmente tenía con qué pagar el almuerzo del día, hoy es más acaudalada que la reina Isabel de Inglaterra.

Ha sido todo un fenómeno:

1997 Harry Potter y la piedra filosofal.

1998 Harry Potter y la cámara secreta.

1999 Harry Potter y el prisionero de Askabán.

2000 Harry Potter y el cáliz de fuego.

2003 Harry Potter y la orden del Fénix. Con un tiraje inicial de 6,8 millones, bate récord de ventas en un lanzamiento, pese a que tiene casi 900 páginas, un tamaño verdaderamente inusual en un libro “para niños”.

2005 Harry Potter y el príncipe mestizo. Vende casi siete millones de ejemplares en sus primeras 24 horas en las librerías.

2007 Harry Potter and the Deathly Hallows. Traducido a 40 idiomas (en 63 editoriales), con más de 700 páginas, con un tiraje inicial de 12 millones de ejemplares.

¿Campaña promocional y mediática? Pudiera ser, mas no se impresionaron no ha más de veintiún días con todos esos niños y jóvenes que mostraron los noticieros de la televisión y las fotografías de los periódicos, literalmente volcados a las librerías arrebatándose un ejemplar del último tomo de la serie de Harry Potter, para saber si su protagonista moría o no.

¿Cómo explicar que la primera generación del nuevo milenio todavía sea cautivada por la lectura de unos libros gigantescos? No hay otra explicación que la magia que ejerce la palabra escrita cuando ella toca las fibras más sensibles e íntimas de una generación nueva.

Con la saga de Harry Potter y sus *fans* se concluye que el libro en formato impreso tiene larga vida a pesar de los vaticinadores de su desaparición. Surge una nueva generación de lectores, los niños y jóvenes de hoy son multilectores, leen en simultáneo o en combinaciones diversas: música, videos, la ciudad, la multimedia, y como en el caso de Harry Potter en un vaivén constante pasan de la película al libro, del libro a la película.

Cuando toda esta generación madure y se cansa de tanta fantasía, entonces es cuando propuestas como el Canon de los 100 Libros, cobrarán toda su importancia. Me arriesgo a profetizarle larga vida al Canon, pero ante todo al libro impreso, ya que siempre seguirá cautivando a nuevos lectores de todas las edades.

## 13. LOS COLOMBIANOS SOMOS ASÍ

Nuestra identidad nacional se parece a esos edificios antiguos construidos con una estructura analítica que termina por influir en las personas que trabajan allí, están llenos de corredores que a medida que uno se mete por ellos, uno termina convencido que el edificio tiene un consciente, un subconsciente, un yo y un superyo.

Requerimos de un Freud o un Jung sensibles al “olor de la guayaba” para que sin necesidad de acostarnos a todos en el diván nos expliquen los intrínquilos de nuestro laberíntico ser nacional. Nos engolosina el qué dirán los extranjeros de nosotros. Nos asfixia nuestra violencia endémica sea política, intrafamiliar, guerrillista, debemos tener un trauma en el subconsciente que pasa de generación en generación. Ocurre una inundación, una erupción volcánica, un terremoto, o la destrucción de un pueblito por las pipetas de Marulanda y compañía, y los damnificados entrevistados por radio o televisión repiten todas las mismas frases: “Estamos esperando que el gobierno venga a ayudarnos” “Nadie nos viene a colaborar, nos quedamos sin nada”. Qué virus atávico nos paraliza desde nuestro inconsciente colectivo, para ante la calamidad no ser capaces de tomar una actitud proactiva y propositiva para organizarnos como comunidad y con los recursos a mano lograr afrontar las dificultades.

Propongo a toda la División de Formación Avanzada que incluya en su canon<sup>4</sup> un libro que acaba de llegar a su tercera edición. Se titula “¿Cómo somos? Los colombianos. Reflexiones sobre nuestra idiosincrasia y cultura” del arquitecto Germán Puyana García. Desde los tiempos de Luis López de Meza o del Hermano Justo Ramón nadie había presentando una caracterización tan completa de nuestro ser nacional. ¿Cómo gestionar especializaciones, maestrías y doctorados originales y pertinentes si no es a partir del carácter nacional?

Lo volví a comprar porque dice “edición revisada y ampliada” y lo he estado releendo en estos días a ver si encuentro respuesta a la siguiente pregunta: ¿Por qué nuestra propensión a sacar fotocopias y a comprar libros piratas en las calles y en los semáforos? Dejemos a un lado el argumento sólido. Todo por la plata. Son tres veces más económicos que los que uno consigue en una librería normal.

4 Al respecto se puede consultar la Revista de la Universidad de La Salle N°43 Número monográfico: “El Canon de los 100 Libros”, págs.95-101.

Surge entonces una última hipótesis para la discusión: ¿Si los editores produjeran libros de calidad a bajo costo y nuestra conciencia de ética cívica nos llevara a no comprar nada pirata ni a fotocopiar, creceríamos como colectivo social?

¿Si los maestros de todo el país y especialmente de las universidades decimos no a la reprografía ilegal, creceríamos en honradez y respeto a lo ajeno?

Pues no voy a ser tan baladí de echarle la culpa a nuestra innata propensión a la trampa, mas no hay que creer en brujas pero de que las hay las hay, si miramos nuestra historia, desde la conquista cuando se fraguaba la nacionalidad ya había una ingeniosidad sin par para engatusar al contrario. La inteligencia de los indígenas de sugamuxi para engañar a los españoles, meterlos en el templo del sol gracias a la fiebre de su codicia por el oro, y cuando estaban dentro prenderles fuego. Quien quería salir lo esperaba una delicada flecha envenenada, confeccionada por la habilidad de quienes nos precedieron en el tiempo en la fabricación de las artesanías que hoy exportamos a Europa. Leyenda o verdad, eso no es importante ahora.

O el ingenio de Bolívar para darle valentía a sus soldados granadinos con aquella historia que raya en epopeya tan bien cantada por nuestro himno nacional: “Ricaurte en San Mateo en átomos volando “deber antes que vida”, con llamas escribió”. La verdad, si le creemos a Peru de Lacroix, en su “Diario de Bucaramanga”, la relató el mismo Don Simón en una de esas noches en que pernoctaba en la hoy capital santandereana, le contó que como los granadinos eran muy cobardes, había tenido que picarles el orgullo, y nada mejor que inventarse la heroica acción de Ricaurte volándose junto con el polvorín enemigo.

Ética cívica universitaria: no fotocopias, no libros piratas. De acuerdo. Pero como la Universidad es el lugar de la pregunta, escuchen como autointerrogio lo que acabo de leer. El gran debate a nivel del mundo en asuntos reprográficos se da entre dos tendencias, cada una con sus detractores y promotores: la de aquellos que defienden el acceso libre a la información (sin restricciones, sin condiciones, sin aduanas); y la de quienes defienden los derechos de autor, en versión criolla “pague por ver”. Para los primeros cualquier soporte que favorezca la difusión de la información a bajo costo (ideas, música, videos, etc.), debe ser permitida libremente, porque entre otras, sería la única forma como los pobres podrían tener acceso a la actualidad del conocimiento. Para los segundos se debe pagar por acceder a una obra visual, auditiva o kinestésica porque es el trabajo de alguien que la ha



Página web de la Presidencia de la República

creado e inventado, en ella ha invertido tiempo y recursos; como el refrán costeño “el que quiere celeste que le cueste”. Entonces yo me sacudo y pregunto ¿Por qué pagarle entonces a los sucesores si ellos no hicieron ningún esfuerzo? Resuélvanme el asunto.

## 14. EL LIBRO DEL PROFESOR MONCAYO

¿Hacia dónde queda la Plaza de Bolívar? Ahh... Allá... ¿Verdad?

Profesor Moncayo:<sup>5</sup> ¿Me escucha?... ¿me escucha?... Gracias por ese libro al viento cuyo primer capítulo tiene 46 páginas, y que acaba de escribir después de 46 días de camino: Sandoná-Plaza de Bolívar.

Profe: Muchas gracias por ese libro al viento con el cual ha puesto a pensar al país.

<sup>5</sup> El profesor de ciencias sociales de bachillerato del colegio Santo Tomás de Aquino de Sandoná (Nariño), Gustavo Moncayo, había llegado el miércoles 1 de agosto de 2007 a la Plaza de Bolívar de Bogotá cumpliendo su meta de recorrer 1.208 kilómetros a pie, caminata simbólica para pedir el acuerdo humanitario y recordar que su hijo llevaba 10 años secuestrado en poder de las Farc. Recorrió 7 departamentos y 38 municipios en 46 días. Su jornada la había iniciado el 17 de junio en Sandoná (Nariño). La caminata del profesor suscitó un gran apoyo y solidaridad de la población, al igual que un profundo impacto político. Al momento de pronunciarse la *Lectio Inauguralis* en la mañana del sábado 4 de Agosto en el Teatro de la Sede de Chapinero de la Universidad de La Salle, el profesor Moncayo desde hacía tres días se había instalado en un cambuche en la Plaza de Bolívar. Por ello el orador pregunta al auditorio hacia dónde queda la plaza, se ubica de medio lado en el centro del escenario, de espaldas al público y en dirección a la Plaza de Bolívar. En esta posición establece un diálogo imaginario a la distancia con el Profesor Moncayo.

Profesor Moncayo: gracias por devolver a las primeras páginas de los periódicos, a las portadas de las revistas y a los noticieros la imagen de la dignidad majestuosa del maestro que educa con su caminar.

Profe: muchas gracias, su libro al viento, bien merece ser el 101 de nuestro Canon, por lo polémico, lo controvertible, porque invita a tomar posición frente a él.

¡Inmensa gratitud y gloria eterna! Maestro por su libro...  
¡Inmensa gratitud y gloria eterna! Maestros por sus libros...

## 15. LLEGÓ LA HORA DE TERMINAR

En las universidades de Europa o Norteamérica cuando alguien es llamado a pronunciar una *Lectio Inauguralis*, se sabe que tiene tres posibilidades: primera leer un capítulo del último libro que está escribiendo. Segunda leer un avance de los descubrimientos de su investigación más reciente. Tercera, como se supone que el convocado es una autoridad en la materia de la *Lectio*, hacer una disertación novedosa sobre el tema.

En el primer caso sí estoy escribiendo un nuevo libro, lleva por título "Itinerario Formativo Lasallista", cada capítulo lo conforma uno de los ensayos que me ha correspondido hacer durante mis estudios de Maestría en Docencia, luego que los profesores los han aprobado, los he reelaborado, algunos ya los publiqué en una revista, otros son inéditos. No he tomado esta vía de leerles uno de esos capítulos, porque el libro va dirigido a formadores de jóvenes religiosos lasallistas, lo cual no hubiera sido pertinente y por demás aburrido con el auditorio que tengo en frente.

En el segundo caso tengo una línea de investigación muy personal "Formación de Consagrados Lasallistas", en ella estoy terminando casi después de tres años de trabajo de campo, una investigación de orden cualitativo sobre la afectividad de los jóvenes que llegan a nuestras casas de formación en Ecuador, Colombia y Venezuela. En medio de los tan publicitados escándalos afectivos de curas, monjas, religiosos, fragilidades humanas muchas veces manipuladas malintencionadamente, mostrarles los descubrimientos que hemos ido haciendo hubiera resultado bien interesante. Mas no respondía a las expectativas de quien me invitó.

Y en el tercer caso, aquello de ser una autoridad en el tema, pues tuve que desilusionarlos desde el comienzo, yo no soy experto en el tema y por tanto no podía ofrecerles nada original y novedoso sobre la temática en ciernes. Tan sólo soy un estudiante colega de ustedes, un simple maestro y un lector empedernido de cuanto llega a mis manos.

En oratoria se dice que la primera regla es "hablar de lo que se sabe y apasiona". Amigos les he hablado de mis se-

cretos amores con la lectura y con los libros, con los pies puestos en lo que soy, profesor de toda una vida, y desde lo que en este momento más me ufana: ser maestrante de la Universidad de La Salle.

¡Muchas gracias!

## BIBLIOGRAFÍA

Abad, H. "Una empresa intelectual al servicio de la verdad". *El Espectador*, Semana del 25 al 31 de Marzo de 2007.

Abdallah, R. "La tribu Malausséne. Una entrevista con Daniel Pennac". *Revista el malpensante*. 79. (2007).

ASCUN-UNIVERSIDAD SEGIO ARBOLEDA. "Encuentro Nacional sobre políticas institucionales para el desarrollo de la lectura y la escritura en la educación superior". Memorias en CD. Bogotá, Abril 26 y 27 de 2007.

ALCALDÍA DE BOGOTÁ. Lineamientos de política pública de fomento a la lectura. Decreto 133 de 2006. Política pública de fomento a la lectura y la escritura.

Carlino, P. *Escribir, leer y aprender en la universidad. Una introducción a la alfabetización académica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005.

---. *Leer y escribir en la universidad*. Buenos Aires: Color Efe, 2004.

CEDER. Centro Colombiano de Derechos Reprográficos. "El Respeto por los Derechos de Autor alienta la creatividad" Plegable. [www.ceder.com.co](http://www.ceder.com.co) – [ceder@ceder.com.co](mailto:ceder@ceder.com.co)

Chambers, A. *Lecturas*. México: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Chartier, A. *Enseñar a leer y escribir. Una aproximación histórica*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.

De Cervantes, M. *Don Quijote de La Mancha*. Edición del IV Centenario. Real Academia Española. Asociación de Academias de la Lengua Española. Alfaguara, 2004.

Delisle, J. y Woodsworth, J. *Los traductores en la historia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005.

De Zubiría, M. *Teoría de las seis lecturas* Tomo I y II. Bogotá: Fundación Alberto Merani, 1996.

EDITORIAL. "Moncayo, Uribe y la plaza". En *El Tiempo*. Sábado 4 de Agosto de 2007.

FUNDALECTURA. *Hábitos de lectura, asistencia a bibliotecas y*

- consumo de libros en Colombia*. Bogotá: Arte y Folio, 2006.
- García Márquez, G. *Textos Costeños. Obra periodística I*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Gardner, H. *Estructuras de la mente. La teoría de las inteligencias múltiples*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Galvis, Á. y otros. *Lectura, metacognición y evaluación*. Bogotá: Alejandría libros, 2005.á. 2005.
- González, Y. *Colombia: la alegría de pensar*. Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia, 2006.
- Larrañaga, I. *Muéstrame tu rostro. Hacia la intimidación con Dios*. Caracas: Ediciones Paulinas, 1986.
- Lerner, D. *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*. México: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- LONDRES (AFP) "El mundo en vilo por el Día P". El Tiempo. Jueves 19 de Julio de 2007.
- Macía, J. "Salud de cuerpo y mente. Hacia una bioética integral". *Revista Selecciones de Bioética* 10.(2006).
- Mnaguel, A. *Una historia de la lectura*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1999.
- Mutis, Á. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Bogotá: Alfaguara, 2001.
- Navia, J. "Moncayo paralizó todo a su paso". En El Tiempo. Jueves 2 de Agosto de 2007.
- Ong, W. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.
- Osío, R. "La muerte de Harry Potter dejará demasiados huérfanos". *Revista El Librero* 1.9. (2007).
- Pennac, D. *Como una novela*. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 2006.
- Peru De Lacroix, L. *Diario de Bucaramanga*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura, 2007.
- Pombo, J. "ABC de un oficio grato". *Revista el malpensante* 78. (2007).
- Puyana, G. *¿Cómo somos? Los colombianos. Reflexiones sobre nuestra idiosincrasia y cultura*. Bogotá: Panamericana Editorial, 2006.
- Rodríguez, S. "Mutis rompe su silencio". *Lecturas Fin de Semana*. El Tiempo. Sábado, 30 de junio de 2007.
- Solano, C. "Moncayo caminará hoy por calles de Bogotá". En El Tiempo. Miércoles 1 de Agosto de 2007.
- Toffler, A. *El shock del futuro*. Barcelona: Plaza y Janés, 1973.
- . y Heidi. *La revolución de la riqueza*. Debate. 2006.
- Vásquez, F. *La enseñanza literaria. Crítica y didáctica de la literatura*. Bogotá: Editorial Kimpres, 2006.
- . *Pregúntele al ensayista*. Bogotá: Editorial Kimpres, 2007.
- Vila-Matas, E. *Bartleby y compañía*. Barcelona: Anagrama, 2006.